

aséptico de su contenido. Este mismo se revela sólo cuando se comprende que un documento puede contener significaciones diferentes para el ámbito cultural en que nace y para el historiador que lo analiza. El texto historiográfico contiene necesariamente un complejo de ámbitos temporales relacionados entre sí de manera no siempre consciente para la misma mente del historiador.

Bien es verdad que la exposición se realiza a través de una especie de historia de la historiografía y de la teoría de la historia, lo que, naturalmente, impone la existencia de lagunas o la necesidad de matizaciones. Pero no es menos cierto que por medio de la exposición se destilan las ideas y sugerencias del autor. En definitiva, en ella, según se acerca a nuestra época, se va definiendo paulatinamente un debate historiográfico en que Lozano toma una parte cada vez más activa.

Algunas de las cuestiones suscitadas por J.L. tienen especial importancia para el profesional de la historia antigua, dado que las diferencias de códigos culturales ante determinados signos son mucho más profundas para él, ante la escritura histórica antigua, que para el historiador dedicado al estudio de cualquier otra época. La "mirada" del observador que nos llega desde la antigüedad ha de ser ella misma objeto de estudio en sus propias condiciones históricas.

Tanto ante la historiografía antigua como ante la bibliografía actual, e incluso en el momento de su propio trabajo, todo historiador ha de saber que no hay narración sin narrador ni interpretación sin intérprete, y que la presentación de un enunciado como si no hubiera enunciador sólo es explicable como estrategia del enunciante. El interés aumenta si consideramos que uno de los ejemplos comentados es un largo párrafo de Bosch-Gimpera y Aguado Bleye de la Historia de España de Menéndez Pidal sobre Sertorio y la cierva (pp. 203-4). En definitiva, de la lectura del libro se desprende que el avance del conocimiento histórico en la actualidad pasa por el conocimiento de los mecanismos del discurso histórico.

DOMINGO PLÁCIDO

M. CRAWFORD ed. alii, *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid, Taurus, 1986; 255 pp., 22 ilustraciones e índices onomástico y analítico..

Hasta hace pocos años, los libros españoles sobre la Antigüedad formaban dos grupos: uno, pequeño, incluía las obras que se compraban (la *Historia de España* dirigida por Menéndez-Pidal, vol. ii, *Hispania romana*, por citar un ejemplo ilustre) y otro, más amplio formado por los volúmenes que nos regalábamos unos a otros: *La condición de la mujer entre las tribus Vettonas del sur de la provincia de Avila* podía ser un título imaginario ilustrativo de la serie. Por fortuna, los tiempos están cambiando y el mercado editorial de nuestra especialidad crece y madura; sólo eso puede explicar que una editorial no sólo establezca una colección de libros sobre el Mundo Antiguo, sino que después de publicar con gran aceptación de público los seis títulos de una serie británica (*The Fontana History of the Ancient World*), haya dado comienzo a una segunda entrega cuyo título inicial, *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua*, constituye el objeto de esta reseña.

Una obra colectiva no debe juzgarse con los mismos parámetros que una produc-

ción individual y la labor del director merece consideración en sí misma. En este caso, M. Crawford parece haberse limitado a elegir los redactores y a darles unas pocas indicaciones genéricas sobre el carácter explicativo e introductorio del libro. Esto no ha impedido que aquellos afrontasen sus respectivos cometidos con un amplio margen de maniobra en lo referente a los puntos tratados y al enfoque. El resultado final no difiere de otras producciones de su clase, salvo quizá en tres aspectos. Primero, en el elenco de plumas firmantes, que en este caso son E. Gabba, redactor del capítulo sobre las fuentes literarias; F.E. Millar, encargado de las cuestiones epigráficas; A. Snodgrass, que trata de superar las ya antiguas querellas y celotipias existentes entre arqueólogos e historiadores; y M. Crawford, quien, como era de esperar, aborda los temas numismáticos. La segunda particularidad del libro deriva de la anterior: el origen anglosajón de casi todos los autores deja impronta en el tratamiento de las cuestiones, y efectivamente, esta obra se diferencia de otras similares (tengo en la cabeza la *Einführung in die alte Geschichte* de H. Bengtson y su complementaria *Guide de l'étudiant en Histoire Ancienne* de P. Petit) en la escasa atención que se presta a los aspectos doctrinales o a la información bibliográfica en favor de unas pocas ideas-madre derivadas de casos particulares y bien ilustradas con ejemplos concretos. Y la tercera razón de notoriedad se deriva de la edición española, pero esto es adelantar acontecimientos y más vale empezar por el principio.

El libro se abre con un capítulo, el más largo y posiblemente, más complejo, sobre las fuentes literarias clásicas. La idea seminal de Gabba es que toda la literatura antigua puede ser empleada como fuente histórica siempre que se tomen las debidas precauciones. Esas cautelas son bien conocidas pero nunca es malo que se recuerden y expliquen en una obra de iniciación histórica. Gabba remarca especialmente aquellas que son más chocantes para la mentalidad cuantificadora y sociologizante de la Historiografía actual: la peculiar posición psicológica del escritor clásico frente al pasado, que "se contempla a sí mismo situado en el punto más alto del desarrollo, jamás en su fase ascendente, aunque eventualmente sí en su decadencia"; la escasez de obras antiguas propiamente "históricas", compensada, en cambio, por la multiplicidad de escritos paradójicos; la existencia de los "géneros literarios" y la importancia de tener en mente sus rasgos definitorios a la hora de evaluar el alcance y las limitaciones de un autor o un libro clásicos. No menos fundamental para el historiador es la recta percepción del carácter elitista de la literatura antigua y su nula sensibilidad ante aspectos -factores económicos, hechos sociológicos, movimientos demográficos- ahora aparecen básicos para una recta comprensión de la sociedad y del comportamiento individual; en este contexto ha de situarse la breve referencia al reflejo de la política y las ideas "de partido" en la literatura clásica, que Gabba presenta en un tono que recuerda las tesis de Ch. Meier y que dinamitan los fundamentos de ciertos trabajos que fueron revolucionarios hace algunos años. La conclusión final es clara y, a mi juicio, contradictoria con el propósito inicial de Gabba: la larga relación de *caveate* que han de observarse antes de aprovechar históricamente las obras literarias clásicas nos condena a seguir viendo el Mundo Antiguo a través de los ojos de testigos de cuya esencial veracidad tenemos serios motivos para dudar y justifican sobradamente la observación de Snodgrass de que los historiadores de la Antigüedad empleamos la palabra "fuente" con una generosidad que repudiarían colegas especializados en épocas posteriores.

F. Millar comienza mostrando como las inscripciones, leídas en bloque, constituyen la fuente más directa para el conocimiento de ciertos aspectos de la vida antigua

—el pensamiento, las creencias y los valores, la vida privada y la estructura social y administrativa—, normalmente relegados al olvido o mal cubiertos por otras fuentes. En ocasiones, además, un hallazgo epigráfico afortunado (las *res gestae* de Sapor I, por ejemplo [p. 100-102]) conteniendo el relato de determinados hechos, brinda la oportunidad de contrastar la versión de “los otros” con la que normalmente conocemos, esto es, la grecorromana. Sin embargo, no todo son ventajas en la epigrafía y un buen uso de esta fuente requiere evitar las facetas oscuras. Por un lado, las dificultades humanas, técnicas y económicas que envuelve la publicación de los catálogos de inscripciones tiende a parcializar el mismo uso de los datos epigráficos: así, uno de los grandes maltratados es el hecho fundamental de que “las inscripciones del mundo clásico son en primer lugar y por encima de todo, un conjunto de textos que comprenden un conglomerado de lenguas” puede no resultar tan evidente a primera vista cuando se considera, por ejemplo [p. 99], el caso de la piedra de Roseta, el famoso documento trilingüe, que raramente se encuentra publicado en su triple versión. Por otra parte, las inscripciones presentan la información de un modo tan fragmentario que su uso sin precauciones conduce habitualmente al desastre, como sucede al emplear las indicaciones de edad que figuran en algunos monumentos funerarios como base para estudios demográficos de la Antigüedad. Existen casos similares en los estudios económicos y sociales y la disyuntiva del estudioso es siempre la de “optar por ideas interesantes que tienen el inconveniente de no coincidir plenamente con los datos o por la recolección de datos que de ningún modo pueden ser interpretados” [p. 124]. De ahí la advertencia de Millar: para obtener resultados significativos de las inscripciones hace falta contar con una concentración suficiente de datos y que éstos puedan ser situados en un marco inteligible. El problema es que estas condiciones sólo se satisfacen en algunas poleis griegas durante su época de esplendor, en Pompeya y en Ostia...

“Con frecuencia se sostiene, creo que correctamente, que la arqueología en última instancia persigue los mismos fines que la Historia” [p. 151]. Esta afirmación, ridículamente obvia, abre paso a un capítulo en el que A. Snodgrass, con buenas dosis de sentido común e ironía trata de cegar los fosos cuidadosamente cavados por historiadores y arqueólogos para evitar el contagio. Lo que más molesta a los arqueólogos es que los historiadores prefieren la información de otras fuentes (preferentemente literarias) aunque sean poco fiables, a la ventana directamente abierta en el pasado que supone una excavación. A la inversa, los historiadores se quejan de que los propios arqueólogos tienden a interpretar esos datos *históricamente* y caen entonces en lo que Snodgrass llama la falacia positivista de la arqueología: “aquello que sobresale en arqueología y lo que posee importancia histórica son casi la misma cosa; esto es, que el fenómeno observable es por definición el fenómeno significativo” [p. 154]. Una de las consecuencias de estas disputas es que las más jóvenes generaciones de arqueólogos están alcanzando ciertos avances metodológicos en aquellas áreas —la Prehistoria y la Protohistoria—, donde no hay necesidad de controlar fuentes literarias. Sin embargo, la Arqueología tiene mucho que decir en la reconstrucción histórica de la Antigüedad grecorromana. Esto es evidente en lo referente a la datación y la Historia militar, pero sus aportaciones en campos como el socioeconómico, las instituciones políticas o la Cultura, aparentemente fuera de la esfera arqueológica, pueden ser también muy valiosas.

“...los historiadores, que nunca aceptarían sin recelo la fecha que para una inscripción proponga un epigrafista, acostumbran a aceptar sin sentido crítico lo que se diga en el último manual numismático cuando requieren citar una moneda... [p. 199]. Den-

tro de las Ciencias de la Antigüedad, la Numismática, efectivamente, ha gozado de fama de exactitud y los excavadores prefieren que entre sus hallazgos figuren siempre algunas monedas que sirvan como fósiles-directores. Crawford disiente de esta idea general y en su capítulo se aplica a mostrar el “como” (y el “como no”) debe emplearse el testimonio numismático. La idea principal es que el interés no está en la moneda aislada sino en los tesoros y tesorillos y en este contexto, la discusión de las causas de la ocultación (y a la inversa, de su la recuperación) son pertinentes. Aún así, las monedas pueden seguir siendo una magnífica indicación cronológica no sólo a la hora de datar un estrato sino todo el yacimiento, como demostró hace pocos años Müller, SNR (1968) 105. Sin embargo, las monedas tienen más aprovechamientos históricos y Crawford gusta de notar que el dinero es un fenómeno económico y como tal ha de ser visto: así, es importante estudiar las implicaciones económicas del propio proceso de acuñación, determinar el volumen de las emisiones, la velocidad con que el numerario alcanzaba la periferia de las cecas y las causas de las contramarcas. Con el inconveniente –recalca Crawford– que la circulación monetaria no equivale necesariamente a la actividad comercial antigua y, a la vez, los saqueos, regalos y contracambios pueden haber sido tan importantes como el comercio a la hora de explicar la distribución de determinadas monedas.

Pero el libro tiene un quinto autor que se ha colado sin la autorización expresa de Crawford. Este señor, que según los créditos de la contraportada, responde al nombre de César Palma, es el traductor y él, o el colectivo que ese nombre oculta (porque me parece que hay varias capas de redacción), es el responsable de la tercera causa de notoriedad de esta obra, que tiene muchas facetas. Para empezar, dudo seriamente que el señor Palma tenga el grado de conciencia lingüística que da el buen conocimiento de otro idioma; véanse, por ejemplo, en la nota 26 de la página 192, el *Jeath and Buryal in the Roman woris* o, mejor todavía, la increíble joya de “las monedas de Muslim” [pág. 216], que cuando uno se vuelve a las notas en busca de alguna luz, descubre con pavor que se trata simplemente de *Muslim coins*. Por otra parte, el traductor, quizá como un signo de su familiaridad con la lengua que está vertiendo, prefiere los adjetivos atributivos a los calificativos, mezcla el uso de las preposiciones en ambos idiomas [p. 118: “... prefecto del Pretorio por el año 179”] y favorece la traducción fonética; así *report* es sistemáticamente convertido en “reportes” [p. 153 y *passim*], *events* en “eventos” [p. 157 y *passim*] y *account* en “recuento” [p. 157]. Pero si los errores de traducción son reprensibles, la ignorancia de nombres, personas y acontecimientos de la Historia Antigua en un libro especializado, no tiene posible disculpa ni en lo que concierne al traductor ni a la editorial. Sólo la falta de familiaridad con lo que se trata puede explicar las mil y una maneras de no acertar con el nombre del matrimonio Robert [p. 96], la conversión del pobre T.J. Dunbabin en T.J. Dunbain [p. 154], o esta arriesgada afirmación “entre éstas, [pueden ser objeto de exploración arqueológica] las actividades de Agrícola [en Britannia] entre el 79 y el 84 a.C.” [p. 178]. Y esto es sólo una muestra de las múltiples “joyas” que contiene el libro y que recomiendo leer con lapiz rojo en la mano y una buena dosis de paciencia en el corazón. La conclusión: lamentando sinceramente que el Gremio de Libreros no mantenga una “Cárcel de Papel” donde enviar a purgar sus delitos a los traductores-traidores y a los editores poco cuidadosos.

JOAQUÍN GÓMEZ-PANTOJA
Universidad de Alcalá de Henares

BOWMAN, A.K.: *Egypt after the Pharaohs 332 BC – AD 642 from Alexander to the Arab Conquest*. 264 páginas, 1 lámina, 4 figuras y 114 ilustraciones. Publicaciones del Museo Británico. Londres, 1986. ISBN: 0 – 7141 – 0942 – 8.

Es éste un manual de historia del Egipto grecorromano entre dos instantes claves, como son 332 a.C., año de la invasión del País del Nilo por Alejandro Magno, y 642 d.C., fecha de su conquista por los árabes. Ese gran período de tiempo se singulariza en palabras del autor, manifestadas en pág. 7, por los recíprocos influjos entre Egipto y el resto del mundo clásico, y por la abundancia de las fuentes.

El primer capítulo supone un estudio de la geografía física y humana, esta última basada en datos antropológicos, del territorio. En el segundo se analizan el carácter y la trayectoria del poder helenístico y romano. Muy interesante resulta la cita en pág. 31, de la existencia durante los siglos III y II a.C. de una literatura indígena hostil a los Ptolomeos, de la que son exponentes la *Crónica Demótica* y el *Oráculo del Alfare-ro*. También son válidas las notas de astuto hombre de estado y responsable militar, con las que A.K. Bowman califica a Marco Antonio en pág. 35. A su vez, el capítulo tercero se halla dedicado a los habitantes de Egipto y a sus vínculos con la monarquía lágida y las autoridades romanas. En su contenido se hubiera debido añadir al control disciplinar de los obispos de Alejandría sobre Libia y la Pentápolis, que aparece en pág. 48, el que los titulares de esa sede pretenden extender su influencia a todo el Mediterráneo Oriental, siguiendo en esto una vieja conducta política de los Ptolomeos.

El cuarto capítulo lleva el encabezamiento de "Pobreza y Prosperidad". En él no han sido tratados con la suficiente amplitud los distintos impuestos, que los egipcios habían de abonar desde época de Alejandro Magno hasta la entrada de los árabes, otorgando especial importancia al "canon frumentarius", definido por G. Rouillard (*L'administration civile de l'Egypte byzantine*, 2ª ed., Paris, 1928, pág. 124) a manera de la contribución en trigo para el avituallamiento de Constantinopla, fijada por Constantino en primer lugar.

Seguidamente A.K. Bowman atiende las tres etnias, que poblaban el Egipto helenístico y romano, es decir, a los moradores de origen griego, a los aborígenes y a los judíos. El sexto capítulo se titula "Dioses, templos e iglesias". A la hora de ver la evolución del cristianismo, la presente obra no se hace eco de su ascenso numérico desde los años medios del siglo III hasta la primera década del siglo IV, que se infiere de varias noticias de Eusebio de Cesarea (*Hist. Eccl.*, VII, 11, 15, y *Demotr. Evangelica*, VI, 20, 9, VIII, 5, y IX, 2, 4). Estos testimonios son muy fiables, porque el Cesariense vivió en Egipto entre los últimos meses de 307 y los iniciales de 310, según la cronología defendida por D.S. Wallace-Hadrill (*Eusebius of Caesarea*, Londres, 1960, págs. 15-17).

Finaliza el libro con una consideración monográfica de la ciudad de Alejandría, a la que en págs. 203 y 204 llama el autor con toda veracidad "la reina del Mediterráneo". En suma es éste un buen manual, que revela en A.K. Bowman un espléndido uso de las fuentes, principalmente de las literarias.

GONZALO FERNÁNDEZ
Universidad de Alcalá de Henares